

CRONICA

UNIVERSITARIO A LA VEJEZ

José Marín Cañas

El que por no tener otra cosa más importante que hacer, por aburrimiento o equivocación, haya leído algunos de los artículos que periódicamente, y con una irritante abundancia escribe el comentarista que firma, se habrá dado cuenta, de que el autor no ha pasado por universidad alguna, en ninguna época de su vida ni en parte alguna del globo. Salta a la vista, y para ello no hay que hacer mucho "cerebro", como dicen nuestras clases populares, que lo que aprendió, si aprendió algo, lo aprendió en la calle, que es como decir, de la vida.

Lo que se aprende en la calle, es de oído, como tocaban el piano las señoritas de hace 40 años, cuando, dada la época aromática, se sentaban ante el instrumento y arrobaban a la concurrencia con un pasillo colombiano o con "Gitana" del maestro Zúñiga. Era pues algo intuitivo, prendido con alfileres y carente de la tecnología que vino después y que le dio cariz de seriedad y hondura a todo el "quehacer" humano en este bendito país de tan suave temperatura, montañas tan bellas, calles que fueron limpias y mujeres como montañas, en lo de la belleza y el porte.

Por todo eso, y algunas otras razones que dejamos en la cinta de la máquina, al enterarnos de que se iba a dar un curso de "Filosofía sobre los hechos biológicos" en la Universidad Nacional, de las 8 a las 10 de la noche, bajo la dirección del profesor, don Luis Burstin, vimos el cielo abierto. Basados en el precepto, que no nos atreveríamos a declararlo constitucional, de que toda edad es buena para aprender, nos dispusimos a asistir como "oyentes", ya que los requisitos que exige el ser alumno regular eran imposibles de llenar, porque para ello nos había cogido tarde. Estamos precisamente, en la edad del retiro, no del comienzo.

Y así fue, como por milagro, por primera vez, y precisamente en el dintel de la vejez, que nos convertimos en universitarios, sensación grata no conocida por este cura, y al que, a pesar de ser novato, no le fue trasquilada la cabellera, ante la imposibilidad de conseguir qué trasquilar en ese campo desolado en que se transforma la cabeza con el paso de los años.

En artículos publicados sobre temas antropológicos, habíamos logrado saber algo relacionado con la evolución de la especie, y como es natural, de la conducta social de los mandriles, nuestros ilustres antecesores según la teoría de Darwin. El conocimiento de tal conducta nos ha servido de mucho para ir, a duras penas, entendiendo todas las teorías desarrolladas alrededor de cómo los mandriles hicieron una selección de genes hasta llegar al momento climático, en que el mandril seleccionado logra el desarrollo de ciertas condiciones para trasladarse, mediante un paso oscuro y perdido en la millonada de años, en este ser enclenque, empavorecido por la muerte, dotado de la soberbia de Luzbel y enamorado del placer, que es el "sapiens", familia a la que pertenecemos todos, incluso este hijo de vecino.

El profesor que nos enseña la materia constituye una muestra de excepción por la brillantez de las tres condiciones que sirvieron para dar el paso último y comenzar el primero de la era humana. Dotado de una gran capacidad de trabajo, poseedor

de una vasta, sólida y ágil cultura, adornado de robusta y agresiva personalidad, manejador de una claridad mental propia y capaz de llevarla a sus exposiciones, con la materia en la punta de los dedos, la seguridad en el trazo, la puntería exacta en el dato; hábil manejador de la amenidad y sutil disparador del humorismo, las clases son refrescantes y candentes, absorbedoras como una vorágine que succiona, emocionantes en sus planteamientos y acertijos, y en tal forma se entrelazan todas las cualidades del catedrático, que no es posible escapar al embrujo de una ciencia que se torna en misterio de apasionante intriga y en relato de emocionada acción.

Asistir a clases ya después de la menopausia. El ritmo se siente, pero la fiesta resulta ajena. No obstante, dada la alta calidad del catedrático, amén de la insondable incógnita de la materia, las dos horas pasan volando, embebido uno en el preguntar y repreguntar, en los acertijos que se fijan sobre el pizarrón para que los alumnos se despedacen el cerebro en busca de respuestas que la ciencia aún no ha encontrado. Apasionante juego, brillantísima fiesta de coherencia, esgrima mental de una juventud frente a un cerebro superior, mandón e informado, capaz de hacer de su discurso un crucigrama de ajedrez con los genes, cromosomas, bisexualidad y otros terminachos que terminan por confundir a los neófitos en ciencias, como este servidor de Uds., hasta el insomnio.

Alguien dijo, en estos días, algo de leer un libro. Tiene razón el que lo dijo. Placer igual hay pocos en la vida. Pero uno de ellos, y quizás superior, es éste de alinear en los pupitres, con 65 que ya pronto serán 66, junto a los muchachos que no han llegado al par de docenas de años. Con ellos se aprende y con ellos se asiste a esa fiesta únicamente creada para la juventud, del saber que se muestra a los ojos curiosos de los hombres, de la ciencia que desentraña sus misterios, del enigma que el hombre ha vivido sin comprenderlo, y que, por fin lo atisba y lo asombra.

¡Noches frías de marzo! ¡Lunas peladas y chingas, colgando del frío que se congela en lo remoto azul de la noche! Pizarrones llenos de nombres, autores, fórmulas, partículas del misterio humano del ser. Abracadabrantas preguntas sin respuesta. Anteojos de comando sobre los corazones timoratos de algunas niñas sonrojadas un poco.

Juventud que aprende, ávida y generosa: ¡Gracias, por haberle dejado un pupitre a este viejo que ya no tiene ansias por el misterio de la vida sino curiosidad por el miedo a la muerte!

Por las ventanas, siempre frío y siempre luna.

La Nación, marzo de 1970.